

ANÁLISIS DE LOS EFECTOS DEL “VIAJE” COMO ELEMENTO DEFINITORIO Y  
GENERADOR DE AMBIGÜEDAD E IDENTIDAD, EN LA OBRA TU VERSIÓN DE LAS  
COSAS, DE CARMEN VALLE

Ana González.

Universidad Metropolitana.

Departamento de Lingüística.

agonzales@unimet.edu.ve

Este trabajo ha tenido como objetivo principal ahondar en la interrelación entre el personaje principal de la novela *Tu Versión de Las Cosas* (2007), escrita por la autora puertorriqueña contemporánea Carmen Valle, y los elementos socio-culturales y de género que la rodean, como mujer latinoamericana y como emigrante, enmarcadas en su búsqueda personal del “viaje” como leit motif en la obra literaria. Este análisis se ha concebido en dos niveles fundamentales: uno objetivo, “real”, palpable, en el cual se describen los efectos inmediatos del viaje sobre la vida y evolución del personaje; y otro metafórico, en el cual se intenta trascender el continuo fluir de Ana Rafaela Arias entre Puerto Rico, Nueva York y Europa, como un evento meramente social y geográfico, y penetrar en las implicaciones intelectuales, emocionales, históricas y de género que acarrea esta tendencia a la búsqueda del viaje como elemento formador y transformador de identidad personal y nacional. Este estudio nos ha permitido observar que dicho personaje principal ha experimentado algunos cambios fundamentales luego de haber contado, conjuntamente con un narrador omnisciente, su historia de manera retrospectiva. Ana Rafa sigue sintiéndose vulnerable, feliz y a la vez ajena en su propia tierra, más que nunca deseosa de ser ciudadana del Mundo, pero a la vez ha logrado conscientizar su situación personal y familiar, y el lugar que ocupa entre quienes le rodean, independientemente del sitio en el que viva.

Palabra clave: Puerto Rico, viaje, mujer latinoamericana, emigrante.

ANÁLISIS DE LOS EFECTOS DEL “VIAJE” COMO ELEMENTO DEFINITORIO Y GENERADOR DE AMBIGÜEDAD E IDENTIDAD, EN LA OBRA TU VERSIÓN DE LAS COSAS, DE CARMEN VALLE

“El que emplea demasiado tiempo en viajar acaba por tornarse extranjero en su propio país.”

René Descartes

Si visualizamos la obra literaria como un boleto gratis al mundo del personaje principal, entonces podría resultar interesante y retador el retratar en dicha obra los matices que dan vida y color a ese mundo, por muy solitario y fragmentado que éste fuera. Y si pudiésemos explorar ese mundo con ojos y mentes abiertas, tal vez experimentaríamos diferentes lecturas del mismo fenómeno, de la misma existencia a la cual el autor, o más bien, el narrador, decidió dar vida propia.

En lo dicho anteriormente se inspira el presente análisis, cuya principal intención es la de explorar la vida de Ana Rafaela Arias, el personaje principal de la novela *Tu Versión de Las cosas* (2007), escrita por la Puertorriqueña Carmen Valles, desde las diversas perspectivas que nos llevan a visualizar su mundo como un largo viaje, real y metafórico. Este viaje es emprendido por ella para entender su “identidad”, para descubrir su “lugar” y su Tierra, y para comprender y saborear su intelectualidad y emotividad, Latina y femenina.

Tu Versión de Las cosas narra la historia y el “viaje” de Ana Rafa, hija, amante, madre y profesora universitaria puertorriqueña que emprende un camino de vida independiente desde su adolescencia, movida por su deseo de explorar, por una parte, los vínculos que la unen e identifican con su familia y su Tierra, y por la otra, las brechas que ella percibe entre sus raíces y sus íntimos deseos por expandir su propia identidad. Es un relato acronológico, semi-retrospectivo, pero siempre con ese sabor incierto y abierto que tiende a impregnar de las narraciones de las escritoras latinas contemporáneas que abordan el tema de la emigración y del “viaje” como leit-motif. Por ende, al final de la novela constataremos lo ambiguo de sus memorias y sus interrelaciones personales, y por tanto, lo problemático de su futuro inmediato.

Desde el punto de vista “real” y objetivo, el viaje de Ana Rafa se refiere a un continuo ir y venir entre su Patria, Nueva York, Europa, e incluso otros países latinoamericanos. Esta especie de necesidad constante se hace aún más palpable desde la época de sus estudios de Maestría en su isla natal, en la cual combina su trabajo, dictando clases de Historia Latinoamericana a destajo, con sus vivencias intelectuales, espirituales y eróticas, que la llevan a planear constantemente nuevas opciones de vida.

Desde las primeras y más básicas impresiones los viajes a México fueron tan excitantes y me ayudaron tanto a tener otra perspectiva de Latinoamérica... Después de la experiencia de Nueva York, ser una latinoamericana más y mejor, en un país en el cual no se tienen estereotipos negativos de uno es un alivio no enfrentar las preguntas y comentarios del norteamericano medio que enfurecen y por lo ridículas, a veces, divierten y de repetirse tanto ofenden. (pp. 52-53)

Es en uno de esos viajes a Europa, donde conoce a Marco Antonio, el mejicano que se convertiría en su esposo, y con quien se establecería en Nueva York, ciudad en la cual posteriormente nacería su único hijo. “a la vuelta en Madrid conocí a Marco Antonio, mexicano, haciendo más o menos lo mismo que yo en Europa y que se parecía a Víctor en lo cariñoso y abierto aunque en lo demás eran como la noche y el día.” (p. 51) Pero es Víctor, su compartido y eterno amante, el puertorriqueño que se convierte en su inspiración sentimental, en el amor de su vida, en su momento de solá y de catarsis, inclusive durante, y después de su establecida y conflictiva unión conyugal.

Después de Luquillo Víctor y yo vivíamos para escaparnos de todos. Aunque le había dicho que cuando defendiera me iba, me rajé. Pospuse el viaje con lo del romanticismo del otoño en Europa. Pero era Víctor la razón de todos mis cambios. El verano se convirtió en una larga lista de moteles, playas, campos y cafetines. Una vez nos quedamos en un motel de Añasco por varios días. Frente al mar. Nos hacíamos el amor como locos desesperados. El tiempo era robado. (p. 50)

Es entonces el viaje, a este nivel, su principal mecanismo de evasión emocional, y de descubrimiento personal y maduración. Pero este mecanismo no queda para nada restringido o supeditado a sus relaciones de pareja. Existe un nivel de compenetración del personaje con el estímulo del viaje, que guarda relación directa con la exploración y asimilación de su propia identidad, y de las implicaciones que ésta tendrá en sus decisiones de vida. En este sentido, la percibimos como una mujer profundamente apegada a sus raíces latinas, con un elevado nivel de identificación con su familia y con su Pueblo. Así lo expresa Ana Rafa a su regreso de una larga y “cosmopolita” experiencia:

5:00A. M. Siempre supe que me marcharía de aquí pero no que el mar fuera el que me devolvería. Mi primer amanecer como lo pensé. Como fue siempre. No quiero abrir los ojos. No quiero que ni siquiera la luna en menguante me distraiga de la oscuridad. Sal y oleaje en el aire. Mi música marina, el pueblo semidormido, el salitre y el aroma del café recién colado. Sin verlo, el oleaje es imponente, feroz y más real la amenaza nada inofensiva, en noches de temporal de intentar tragarse a Arenales. Mi promesa a mí misma desde que me marché tantos años atrás sin saber que me marchaba. Inarticulada pero real en el deseo. Volver para quedarme. Estar aquí a esta hora. (p. 12)

Este sentimiento de apego a sus orígenes no proviene de su larga ausencia, ni de su prolongada nostalgia. Es, por el contrario, una certeza que le había acompañado desde sus años de infancia y adolescencia. “Sentarse a ver llover. Sentarse con Mami a ver llover su vida. Sentarse y entrecerrar los ojos y un leve gesto del labio superior, ejemplo de su orgullo genuino, representante de su auténtica elegancia, me enseñaron que era la señal de que más que hablarme era hablarse hacia mí, cautiva y atenta a tanta historia que no podía dejar de marcarme.” (p. 21)

Sin embargo, este apego nunca excluyó de la mente de Ana Rafa un sentimiento extraño, en apariencia contradictorio, el cual la impulsó a buscar elementos fuera de su adorada Tierra Natal. Nos referimos a una constante sensación de “ajenidad”, de marcado cuestionamiento de su pertenencia a aquella región estancada, decadente, sometida a la ruidosa y constante influencia de la salsa y el merengue ininterrumpidos, y a la ausencia de esa sed intelectual y artística que ella y sus dos mejores amigos atesoraban.

Rebuscábamos constantemente en los estantes de la librería Hispanoamericana del argentino Gallagher, al cruzar la calle, y nos llevábamos la poesía de Laforgue, la autobiografía de la Duncan, el Paraíso de Lezama. Nos presentábamos en la galería contentos, convidando al plan de beber toda la noche, de hacer un sancocho. En esos días bebíamos ron blanco con dos hielos y agua de soda, y oíamos a Charles Aznavour y a Rachmaninov hasta las tantas. Aunque algunos amigos nos acusaban de románticos asquerosos, delirantes e irredentos... qué íbamos a hacer... Queríamos ser puertorriqueños modernos en conjunción con el mundo . (p. 32)

Este sentimiento de ajenidad permanece en la protagonista, incluso al margen de la enorme nostalgia que se apodera de ella durante los largos años de ausencia de su isla. Por ello, aún estando convencida de que volvió para quedarse, no puede evitar expresar su desapego a la falta de adaptación de la vida rural puertorriqueña, a los estándares mínimos de sincronización con los parámetros de convivencia internacionales. Este fenómeno se evidencia en la mirada de los otros hacia ella, y en su permanente tendencia a la soledad.

Dos hombres del pueblo, en la puerta de una panadería, hablan; repasan a los transeúntes. "Ahí va esa loca. Esa muchacha desde que se mudó otra vez al pueblo lo contempla como si no lo conociera. No, no, yo le digo loca como una manera de decir. Ella es lo más agradable y atenta. Siempre lo fue. Lo de mudarse te lo digo porque es lo que se comenta: (p. 20)

Y este es, entonces, el sentimiento poderoso que nos hace predecir que, pese a sus sinceros deseos de volver para quedarse, y de transmitirle a su hijo su amor por la Tierra, su impulso existencial e intelectual la empujará nuevamente a actuar como la ciudadana del mundo en la que inevitablemente se ha convertido. Su preocupación por las secuelas e implicaciones de una vida colonial y neocolonial en su vulnerable país probablemente la llevarán de nuevo a mirarlo desde afuera, con renovada nostalgia, pero también con la convicción de que ya no le pertenece por entero.

Me debo alegrar cuando a Elsita le da con todo eso porque si se va por el lado de "Nosotros mejor que nadie sabemos la necesidad de terminar una buena carrera (hágame el favor) que con ideales independentistas en esta isla no se puede dar un paso si uno no tiene un título de peso". No discuto que Elsita no tiene razón en parte de esto pero por principio, no se puede aceptar sin batallararlo que para ser independentista hay que ser abogado, médico o vivir en San Juan o Ponce. Sólo hay que tomarlo como un derecho igual a cualquier otro. El respeto propio no es una opción que debe estar supeditada al dinero o a la profesión. El respeto a sí mismo y al país es un deber. El compromiso con su futuro lo tiene que luchar cada cual desde su lugar en la vida. Así, podría crearse una república de intercambio real entre todas las clases donde el debate educara a todos y tuviese consecuencias de crecimiento material e intelectual. (p. 126)

Podemos percatarnos de que nuestro análisis se ha movido entonces entre dos niveles: hemos pasado de uno más palpable, físico y "real", a una conceptualización del viaje como proceso metafórico en la vida de la protagonista, evidenciado a través de sus cambios intelectuales, y de su progresiva maduración emocional. Estos son los elementos que la llevan a escribir su versión de las cosas; una versión que es confrontada, al final de la novela, por un conjunto de cartas que Ana Rafa recibe desde Nueva York, actual residencia a la que no pudo, por más que quiso, renunciar.

Allí confirma, por ejemplo, sus principales sospechas y miedos, sobre la paralela relación homosexual que su amado Víctor había mantenido con su mejor amigo, la revelación de su hijo, ya casi un hombre, de su relación de pareja con una mujer mayor, y su propia vulnerabilidad a

todos estos hechos, aunados al fracaso de una relación matrimonial que finalizó bajo los estragos del comportamiento machista de un Marco Antonio envalentonado por la sobreprotección enfermiza de su invasiva madre mejicana. Esta vulnerabilidad es la señal de que su proceso de transformación está aún lejos de terminar. Lo único que quizá permanece claro para Ana Rafa, es la certeza de aquello que Víctor le había hecho ver un día, y que en definitiva, siempre estuvo dentro de ella como una verdad de la cual no se había hecho consciente, a pesar del dolor causado por la marginalización a que la doble vida de su amante la había sometido. Si su búsqueda de vida había tenido la finalidad de abrir su mente al mundo, no tenía sentido ahora el etiquetar: latinos o europeos, gays o bisexuales, el mundo está lleno de gente que, después de todo, no es tan diferente entre sí.

Lo tuyo y mío es un comportamiento aparte. No te alteres. Sí, dije amor antes. José L. se sintió siempre totalmente gay. Yo no creo en las clasificaciones. Tú eres Ana Rafaela Arias. Yo soy Víctor Velasco. Hemos vivido dos vidas parecidas y disímiles a la vez. ¿Por qué tengo que regirme por lo que dicen los sicólogos, los políticos o los politiqueros o los religiosos o los heterosexuales o los gays o quien sea? Tú has sido amante, y plenamente mujer.” (p. 115)

Esta es entonces la nueva Ana Rafa, tan ciudadana del pueblo de Arenales como gustosa residente de la Gran Manzana, pese a su convicción de que la constitución de su País no debería regirse por ninguna otra. Es la mujer que aún mantiene la esperanza en su futuro, pese a la incertidumbre que ella percibe en él. Es la apasionada historiadora adulta, que ahora puede afirmar con convicción: chico, esto es un disparate". Pero también, ironía, llega un día cualquiera y te asombra que alguien diga que tiene que oír música latina todos los días, que salir a cenar es comer comida "nuestra", que volver a vivir al país es un imperativo y en algún lugar de la conciencia el mundo ha tomado otra forma. El planeta no es tan inhóspito ni somos tan fundamentalmente diferentes. Salvando las diferencias se llega a un punto de encuentro que nos hace inadvertidamente más de todas partes y no fue ni Madrid, ni Nueva York: fue el mundo lo que empezó en la UPR con Krishnamurti y Charles Aznavour. (p. 70-71)

Palabras clave: Puerto Rico, viaje, mujer latinoamericana, emigrante.

Referencia bibliográfica

Del Valle. C, (2007), *Tu Versión de Las Cosas*, Ediciones de La Flor, Argentina